

*Hay un tejido que recubre todos nuestros órganos.
También el corazón.*

El cielo es una habitación de tres por cuatro metros cuya ventana da a un patio interior. A principios de otoño es necesario encender la bombilla a partir de las cinco de la tarde. Aparte de una pequeña lámpara de techo hay otro punto de luz: un flexo cuya tulipa puede girarse casi trescientos sesenta grados para iluminar, por la tarde, la mesa de estudios a la que está anclado; y por la noche, antes de dormir, si se gira aproximadamente sesenta grados hacia la derecha, la pared en la que están pegadas las fotografías en blanco y negro.

Nada de la vida de las estrellas le sorprende demasiado. Incluso cuando tuvo noticia de la distancia de años luz y que todas las noches vemos algunas que se han apagado por completo, lo tomó como la confirmación de algo que él ya sabía.

«Buenas noches, Fred; buenas noches, Gene; buenas noches, Ginger; buenas noches, Judy; buenas noches, mamá.»

Y apaga el flexo. Siempre deja la persiana sin bajar completamente para que un poquito de claridad se cuele entre sus agujeros y, después de acostumbrar la vista a la oscuridad, pueda distinguirla en la pared y seguir un rato más contándole qué ha pasado en el colegio.

Él no le quita los ojos de encima. Son de color avellana. Hay un momento en el que ella cree reconocer algo en ellos y desvía la mirada hacia la ventana, aunque la ventana no es un lugar que la tranquilice demasiado.

Los sillones y las sillas están colocados a lo largo de las paredes de la sala rectangular, orientados hacia la zona central.

Desde hace unos días tiene la sensación de llevar una película adherida a los ojos. Los reflejos la obligan a entrecerrarlos para defenderse de una claridad molesta. Son los efectos secundarios de la medicación.

Las ventanas no pueden abrirse; hasta el momento ella no ha deseado abrirlas. Se ven los edificios en la calle lateral y las copas de los árboles del jardín trasero. Al atardecer, el sol se pone sobre la iglesia. La gran cúpula añade más confusión a su mente aún confusa. Cuando empezó a hablar su primera pregunta fue dónde se encontraba, pero ninguna de las respuestas tenía sentido para ella. Ahora solo habla con quienes llevan un pijama como el suyo.

«Vendrá tu hijo a verte», anunciado por la enfermera a media mañana, resultó del todo incomprensible, un rumor lejano que no consiguió hacer que levantara la vista de los dibujos de las baldosas.

12

Devuelve ahora la mirada al interior de la sala. Siente el lazo alrededor del cuello, de cuyo extremo tiran los grandes ojos del niño y solicitan algo que ella no acierta a interpretar. Ella saca una galleta del bolsillo de la chaqueta de lana azul que lleva sobre el pijama de tela.

«Es de hoy», dice al extender la galleta que conserva intacto el envoltorio de plástico.

«Gracias», dice el niño y la abre por un lateral.

Ella mira cómo la galleta entra en su pequeña boca.

«Es bueno», piensa y siente, mientras él mastica, cómo comienza a ceder la presión del lazo. «Su madre tiene que estar muy contenta.»

En pocos minutos pasa una enfermera y hace un gesto con la cabeza al padre del niño, que enseguida se levanta:

«Vamos a tener que irnos, se ha hecho tarde, venga, dale un beso a mamá.»

El niño le besa la mejilla.

«Ponte bien y vuelve a casa pronto», dice abriendo los brazos mientras hunde su cabeza en la chaqueta.

Antes de torcer la esquina que separa la sala del pasillo que conduce a la salida, el niño vuelve la vista. Sus ojos se encuentran con los de ella, que no había dejado de mirarlo en ningún momento.

«¿Qué haces?»

«Estoy viendo la película preferida de mamá. Sale muy guapa, su pelo parece fuego de lo naranja que es. Es tal cual ella.»

«¿Quién, Judy Garland?», pregunta el padre extrañado acercándose al sofá de tres plazas que está frente al televisor.

«Sí, en esta película tenía veintiún años, fue cuando conoció a Vincente Minnelli.»

«¿Ah, sí?», vuelve a preguntar sorprendido, en el otro extremo del sofá. Estira la mano y deja su vaso en la mesa de centro. No recuerda haber visto esta película con ella. Mira de reojo la atención con la que su hijo clava los ojos en la pantalla, donde la actriz canta apoyada en la repisa de una ventana.

«¿Has repasado las jugadas?», le pregunta mirando él también el televisor. Judy Garland se toca la larga melena pelirroja y sujeta por los extremos la sobrefalda del vestido de rayas azul y blanco, mientras da un par de vueltas y mira su reflejo en un espejo. Su hijo tiene razón, es un pelirrojo de una intensidad que no recuerda haber visto en ninguna otra película suya.

«Todavía no», dice en voz baja el niño.

«Quedan diez días, Pablo, deberías echarles un vistazo, mañana por la tarde tienes clase con Iván.»

«No te preocupes, papá.»

El niño calla; no separa los ojos de Judy Garland. Sin darse cuenta comienza a tararear la canción, pero se sabe centro de la mirada de su padre y deja de hacerlo, un poco avergonzado.

«Mamá estaba guapa», dice sin dejar de mirar el televisor.

«Sí, parecía contenta.»

«¿Volverá pronto a casa?»

«No lo sé, tenemos que darle un poco más de tiempo. Los médicos dicen que está progresando a buen ritmo. Solo necesita descansar.»

El niño estira el brazo y coge el mando a distancia.

«Voy a poner este cacho otra vez», dice.

Margarita está preocupada y habla en voz alta, aunque no haya nadie alrededor. Ahora entra Isabel en la sala y se sienta cerca de ella.

«Mi Cuquita se ha quedado sola en casa y nadie le está dando de comer. No me quieren dar las llaves ni me dicen cómo está mi pobre perrita. Tendrá mucha hambre, después de tantos días habrá acabado ya el pienso... Mis hijos son más malos que la quina, desde que murió su padre solo les importa la herencia, me han encerrado aquí para que me calle, serán desagradecidos, vergüenza tendría que darles hacerle algo así a su propia madre... Toda la vida de sacrificio, y ¿para qué? Si esto lo viese mi Antonio se pondría hecho una furia. Pero a ellos les da igual, dentro de nada empezarán a pelearse por el piso porque está en el centro y tiene plaza de garaje. Y mi Cuquita, ¿a quién le importa? A nadie. Si al menos alguien fuera a verla y de paso regase las plantas, tan bonitos como yo tenía mis geranios, qué buenos son para ahuyentar a los mosquitos en verano, mano de santo, hija, ay, si vieras mis violetas... Pero con este sol estarán ya secas, y mi Cuquita, muerta de hambre, ¡quién sabe si estará viva! No sé cuánto tiempo puede aguantar una perra sola en un piso... Nadie le hace caso a una pobre vieja como yo. Me encierran aquí para tenerme callada, pero mi padre Cuqui, lo peor es ella que estará muerta de hambre, pobrecilla, con lo linda que es, la llevo a la peluquería cada quince días, Conchi la pone muy bien, tenías que verla, qué bonito tiene el pelo castaño de las orejotas, mi Cocker, es tan buena... Pobrecilla, ay, pobrecilla... No se merece esto.»

Margarita empieza a llorar. Isabel la mira sin saber muy bien qué hacer. Recorre el pasillo hasta llegar a la ventanilla y hace una seña para que una de las enfermeras se acerque.

«La señora Margarita dice que ha quedado su perra en el piso desde que está aquí, ¿cómo han podido dejar a la perra sola?»

«Ay, Isabel, Margarita se inventa cada día una historia distinta. En su casa no había ningún animal. El otro día decía que tenía un canario. Seguramente te habrá dicho algo sobre las plantas...» Isabel asiente con la cabeza. «Bueno, supongo que los hijos habrán decidido algo al respecto. En cualquier caso, como comprenderás, no podemos ir a regarle las plantas. No le hagas caso, cariño. No te preocupes. Desde que su marido murió, bueno... Tienes buen corazón, pero Margarita está muy afectada y ya muy mayor.»

Isabel vuelve a la sala. No le gusta hablar con las enfermeras. No confía en ellas. La sala está ahora vacía. Siente alivio al no ver a Margarita. Se acerca a uno de los sillones. Se detiene delante de la ventana y mira la ciudad. Le sigue pareciendo un engaño, pero ya no le da miedo. Es una sensación diferente, no miedo. Algo no encaja en ese paisaje, pero no consigue saber qué es. Cada día intenta averiguar en dónde se encuentra la solución al acertijo. Cada una de esas ventanas es una pista. Sigue con la vista el contorno de la cúpula de la iglesia.

«¿Tú también la ves? ¿Es real?»

«Claro que es real, Isabel. Tanto como tú y como yo.»

El sol cegador ilumina las ventanas de los edificios y rebota en las lunas de los coches. Los colores de la cúpula son más vivos con la luz de la mañana. El tráfico fluido circula mudo por la calle lateral. La ventana consigue aislar casi todo el ruido exterior. Apenas se oyen los cláxones. La ciudad es muda, sí, pero está excesivamente iluminada. Se gira y deja caer su cuerpo despreocupada en uno de los sillones verdes. El respaldo se clava en su espalda. A la derecha, en la pared opuesta, se encuentra la estantería de juegos. Se levanta y marca los pasos exactos, cuatro, que la separan de ella. En el